

EN ESPAÑA

Antes de ir a España, y haciendo uso de la libertad que le brindaba el ministerio¹, Prim se trasladó a los Estados Unidos y visitó al ejército del Norte, asistiendo a las maniobras militares y estudiando el desarrollo de la lucha interna de aquella República. De esta estancia llevó a España impresiones que, si contrastaron con las de muchos políticos, fueron la primera voz de alarma ante el problema colonial que subsistía —dentro del proceso de desintegración— con Cuba y Puerto Rico. El y algunos diplomáticos residentes en Wáshington² comprendieron, con muchos años de anticipación, que la gran batalla por el mantenimiento de los residuos del imperio había de sostenerse con los Estados Unidos. Mientras en Granada, en un viaje triunfal de Isabel II por la Península, se ofrecía a la reina una corona de oro igual a la de Isabel la Católica, símbolo de la expansión americana, Prim, en Norteamérica, reflexionaba ya sobre el desenlace final e inevitable del poderío español en Ultramar.

Desde los Estados Unidos pensó el conde de Reus dirigirse a Inglaterra y permanecer unos días en Londres.

¹ "V. E. queda autorizado —le decía Calderón Collantes— para permanecer en La Habana o venir a esta Corte, según considere que lo exijan los negocios que fueron encomendados a su celo y patriotismo..." (Comunicación fechada en Madrid el 22 de mayo de 1862).

² El ministro de Francia en Wáshington escribía al conde Walenski, poco después y aprobando lo hecho por Prim en México: "Los españoles están bien inspirados al reservar las fuerzas de su país para la única gran batalla que le queda a España por librar en este hemisferio: la batalla de Cuba".

¿Llegó a realizar su proyecto? En la carta ya citada, que escribió desde México a José Salamanca, le expresaba este deseo; pero no hemos encontrado referencia alguna sobre su estancia en la Gran Bretaña en aquellos días, cosa que nos hace suponer que desde Norteamérica embarcó directamente para España.

Apenas llegó, fué enterándose del ambiente de hostilidad que contra su proceder en México habían creado la prensa, los políticos, y los corrillos de café. La hostilidad que le había demostrado el general Serrano resultaba al fin juego entre influyentes, fácil de vencer con un juez como el gobierno; pero en el pleito que veía ya planteado en España, el fallo había de pronunciarlo el pueblo, que pedía, entre otros disparates, que el general Prim acudiese como acusado a la barra del Senado. La reprobación no era unánime, pero los malintencionados usaban de la prensa, se escudaban en el anónimo, escribían folletos satíricos con algún que otro epigrama mordaz, y armaban tanta bulla que parecía que la opinión entera desaprobaba el proceder del que había sido plenipotenciario de la reina en tierras mexicanas. Para que no faltara ningún detalle, la difamación y la calumnia ayudaron a la campaña: se hablaba de malversación de fondos, de pactos inconfesables e incluso, veladamente, de soborno. Lo peor era que quienes manifestaban su desaprobación no eran exclusivamente los moderados. Entre ellos se contaban también algunos progresistas y gran número de adictos a la Unión Liberal. El bloque ministerial estaba roto.

Prim supo aguardar pacientemente su turno. Cuando éste llegó —y el pretexto fué una enmienda presentada al discurso de la corona a raíz de la apertura de las Cortes—, pronunció sus tres famosos discursos en el Senado, que si resulta exagerado calificarlos como de las más brillantes manifestaciones de oratoria que escuchó el alto

cuerpo legislativo¹, sí llenaron, en cambio, y sobradamente, la finalidad perseguida. Los enemigos cedieron, los vilipendiadores callaron, los imparciales aplaudieron. Claro que por entonces ya había tenido lugar el primer descalabro francés en México, elocuente síntoma de lo porvenir. Pero los documentos en apoyo de su gestión —las intrigas napoleónicas, la lealtad de Prim— se pusieron tan en primer término, que la réplica era casi imposible. El único que había de persistir en su crítica —más que en su crítica, en una acusación de deslealtad por parte de Prim— había de ser el general Serrano, que al llegar a España encontró el ambiente ya plácido y casi olvidado el episodio. Su actitud le llevó hasta el insulto, que entre militares no tenía entonces más que un desenlace: el duelo. Y así —como en las novelas y dramas románticos, tan del gusto de la época— se habría ventilado entre los dos personajes la rivalidad que el asunto de México inspiró a Serrano, si influencias muy altas no lo hubiesen impedido².

El gobierno no demostró marcado interés en aprobar públicamente la conducta de Prim; su actitud parecía de cumplimiento. Los unionistas, divididos; los demócratas —entre los cuales estaban ya las futuras figuras de la Primera República—, frente a él; los progresistas, dispersos —que ésta fué sin duda la labor más apreciable de O'Donnell—, y los moderados, filtrándose en el gabinete y en lucha abierta contra Prim: tal era el conjunto de factores adversos que quebrantó momentáneamente su férrea voluntad, su constancia en la lucha. Retiróse de la agitación política mientras la opinión, al paso de los acontecimientos, rectificaba poco a poco.

¹ FRANCISCO J. ORELLANA. *Ob. Cit.*

² Esta versión procede de FRANCISCO J. ORELLANA. *Ob. Cit.*, recogida después por EIMETERIO S. SANTOVENIA. *Ob. Cit.*, y otros autores.

Cuando Prim regresó a Madrid para reemprender de nuevo sus actividades políticas, el ambiente le era tan propicio, que el aire estaba ya sembrado de los elogios que en seguida iba a prodigarle España entera, y entre los cuales no faltarían los de sus antiguos detractores. Lo de México, tan discutido, resultaba al fin la base más firme para su prestigio. Todo anunciaba su destino. El mismo alcanzó tal evidencia de ello, que se adivina en sus actos, en sus palabras, en su proceder, una cierta impaciencia. Si en uno de sus discursos en el Senado había exclamado con dudosa sinceridad que no era más que un senador independiente, "sin pretensiones de ser poder, ni antes ni ahora, ni después, ni nunca"¹, al cabo de un año, ante la descomposición del bloque liberal entregado a los moderados, frente a la crisis política constante, es indudable que piensa ya en gobernar. El gran ministerio O'Donnell ha llegado ya a su final. El ocaso del vencedor de Africa se pone de manifiesto con el uso y abuso de combinaciones ministeriales absurdas, en una de las cuales entra con la cartera de Guerra —sin duda para dar satisfacción a Francia— el general Serrano.

Su impaciencia, la inquietud, el ansia de organizar de nuevo y sobre bases firmes el partido progresista, que ve destinado a alcanzar el poder, impulsan a Prim hacia una laboriosidad política febril y también —preso en el remolino de la agitación subjetiva— a la imprudencia, porque imprudencia resulta atacar a Narváez en el Senado en una forma desconsiderada y, por añadidura, de mal gusto. Pretende pasar por una de sus víctimas evocando el proceso a que había estado sujeto a raíz de la conspiración tramada contra él, en aquel entonces, Presidente del Consejo. Narváez comprende la finalidad del ataque y ve claro que Prim intenta colocarse a la cabeza del partido

¹ Sesión del 10 de diciembre de 1862.

progresista, y ante sus vehementes manifestaciones, frente al cúmulo de dictérios que le ha lanzado —entre los cuales no ha faltado el de calificarlo de sediento de sangre—, replica: "El señor marqués de los Castillejos no es progresista; si allá en su juventud quiso serlo, ha estado tan lejos de la casa paterna, que ya no se acuerda de ella S. S., a pesar de las atenciones y consideraciones que debía al señor duque de la Victoria, se sublevó contra su gobierno..." Prim no perdonará estas palabras, y son, quizá ellas las que le producirán la tentación, cuando vea de nuevo a Narváez en el poder, de lanzarse a la aventura del pronunciamiento.

Prim frecuenta el palacio de Oriente, y la reina, temerosa e inquieta ante el prestigio del general, quiere atraerse su benevolencia y con ella la del partido progresista. Isabel debió usar de sus corrientes zalamerías con Prim, porque Narváez calificó de farsa, en pleno Senado, sus visitas a la reina.

Caído O'Donnell y bajo la presidencia del marqués de Miraflores, el gobierno convocó nuevas elecciones. Era el momento —pensaban muchos— del partido progresista; pero Miraflores dictó unas disposiciones que, al limitar la libertad de reunión —medida dirigida contra los demócratas—, tuvieron por resultado que los progresistas se declararan por la abstención. A pesar de ello, en el partido los pareceres eran muchos y el mismo Prim, junto con Olózaga, pensó en un principio que la medida había de resultar contraproducente. Estaba claro que pensaba escalar el poder por medio del sufragio, imponerse y hacerse el dueño de la situación.

La actitud del gobierno —además de contradecir las reiteradas manifestaciones que había hecho de imparcialidad y de conciliación entre los partidos, y ser contraria a los deseos de llevar a cabo unas elecciones sinceras expuestos en un manifiesto— constituye para Prim un

enorme obstáculo: inútilmente buscará en reuniones del partido progresista un acuerdo que permita ir a la lucha; sin ningún resultado hará presente a sus correligionarios el peligro de que la abstención se interprete como una falta de fervor dinástico. Acude entonces a un último recurso, audaz, peligroso, muy en consonancia con su carácter: se traslada a la Granja y solicita una entrevista con la reina. Isabel, muy instruída —cuando le interesa— de su papel de reina constitucional, escucha a Prim atentamente, hace como que lamenta mucho las disposiciones de Miraflores, y en sus exclamaciones abundan las frases: “¡Qué lástima!” “¡Qué contrariedad!”. Pero de ahí no pasa. El conde de Reus, que ha acudido a palacio con la esperanza secreta, inconfesada, de que Isabel —impresionada por sus argumentos y deseando darle una muestra definitiva del afecto con que hace tiempo le distingue— provoque la crisis y le nombre Presidente del Consejo, se retira con la decisión de perturbar la vida política. En la primera reunión de los progresistas, celebrada en casa del hermano de Olózaga, es el primero en levantar la voz en favor de la abstención electoral; su palabra vence la resistencia de Sagasta, cuya carrera se inicia en aquel turbulento período, convence a los timoratos y logra entusiasmar a los ya decididos. En su exposición no faltan palabras de fidelidad a la reina, de adhesión al trono, de fervor monárquico; pero el hecho de pronunciarlas indica ya muy claramente el peligro que su proceder implica. Desde este momento se inicia la Revolución de Septiembre, que ha de acabar con el reinado de Isabel II.

En ese juego absurdo que resulta a veces la política, los progresistas quieren engañarse a sí mismos; pero los demócratas, una vez conocido el acuerdo del partido progresista, pueden decir, por la pluma de Emilio Castelar, que el partido progresista acude “deslumbrado por una

intuición súbita y milagrosa, a cubrirse entre los pliegues de nuestra gloriosísima bandera”. Bajo esta bandera están los hombres de la primera república, hombres de prestigio, con poca ascendencia entre las masas, pero sí entre los elementos intelectuales, que han convertido la Universidad Central en foco revolucionario.

Sin progresistas, las elecciones resultaron fatales para el gobierno, combatido, además, por moderados y antiguos unionistas. Miraflores no era hombre capaz de usar medidas radicales y tampoco confiaba mucho en sus momentáneos incondicionales. Cansado, sin apoyo firme, desalentado, optó por presentar su renuncia a la reina el 16 de enero de 1864.

Mientras tanto, la emperatriz Eugenia visita la corte de España, y junto a la reina Isabel —con la que hacen tan destacado contraste su belleza, temperamento y austeridad— pasea por los jardines de Aranjuez y habla de México, de Maximiliano e, indudablemente, de Prim, al que no perdona la corte francesa.

Eugenia encontrará en Isabel una mujer frívola, no muy interesada en los problemas políticos europeos, y propensa, en cambio, a confidencias sentimentales, que resultan enojosas para la emperatriz, inclinada siempre a la severidad.

La reina Isabel, amante del lujo y de las joyas, regala a la emperatriz de Francia un brazalete, en el que unas letras, compuestas con rubíes y brillantes, han de perpetuar el recuerdo de la amistad. La delicadeza de Isabel es para Eugenia lo más grato de su estancia en su antigua y querida patria.

Ni la una ni la otra perciben en aquel ambiente plácido la inquietud de la revolución que germina ya entre los progresistas y que no tardará en tomar cuerpo entre los mismos moderados.

La agitación se manifiesta en todas partes: en el duelo por la muerte de Calvo Asensio, líder del partido progresista; en el incremento que van tomando los republicanos con la fundación del periódico *La Democracia*, en el que los artículos de Emilio Castelar impresionan tanto como su palabra; en el traslado a España de los restos de Muñoz Torrero, una de las víctimas del absolutismo fernandino; en las conmemoraciones patrióticas y en los banquetes, como en el celebrado en Madrid, en los Campos Elíseos, el 5 de mayo de 1864, en el que Prim, entre frenéticas ovaciones, asegura a los asistentes el triunfo del progresismo, aunque sea necesario recurrir a la fuerza.

Ya no se abriga duda ninguna sobre las intenciones revolucionarias de Prim: sus palabras dicen lo bastante para hacer comprender que no retrocederá ante ningún obstáculo, y demuestran que desea colocarse —con harto disgusto de algunos— en el lugar que había ocupado por tanto tiempo el general Espartero. El poder tendrá que hacer frente a una cadena de pronunciamientos.

Un gobierno presidido por Lorenzo Arazola, compuesto exclusivamente de moderados, da paso —2 de febrero de 1864— al de Alejandro Mon, en el que Cánovas del Castillo entra a formar parte y demuestra ya sus dotes excepcionales de hombre público. Tanta debió ser la influencia de Cánovas, que el ministerio ha pasado a la historia con el nombre de Mon-Cánovas.

Ambos gabinetes viven bajo la zozobra de un golpe revolucionario de los progresistas. El gobierno comete una serie de errores que no hacen más que acentuar el prestigio de Prim: la constante vigilancia que sobre él ejerce, la invitación a que haga uso de una licencia para que se traslade al extranjero y, por último, su destierro a una ciudad que no esté enlazada con Madrid por vía ferrea. Todo ello lo destaca como jefe indiscutible de la oposición.

a pesar de que Olózaga continúe siendo el líder visible en el seno del partido.

Las manifestaciones populares que en favor de Prim presencia Madrid cuando éste sale para Oviedo, lugar escogido por el mismo conde de Reus para su retraimiento; la habilidad en la protesta por lo que juzga atropello; sus discursos y actitudes, le hacen el hombre del momento. Ya no son sólo sus cualidades, apreciadas siempre por los adictos, las que hacen que se hable de Prim insistentemente. Es el miedo del gobierno el que labora en su favor, miedo en verdad justificado y que lleva a los pocos palaciegos que se dan cuenta de la gravedad del momento, a aconsejar un gobierno con progresistas y en el que Prim desempeñe la cartera de Guerra.

Los consejos no encuentran eco. Según unos, la reina Isabel no quiere transigir con los revolucionarios; según otros, está presa de la camarilla reaccionaria en la que el rey Francisco hace destacado papel. Es probable que Isabel, confiada en ella misma, no juzgue la situación tan grave como se la pintan los hombres prudentes, que ella juzga timoratos.

La única que está verdaderamente asustada es la reina madre, María Cristina, que conoce, por triste experiencia, hasta donde se llega por el camino de la intransigencia: no se cansa de aconsejar a su hija que atienda a Prim, que brinde el poder al conde de Reus, que le atraiga a la corte... Pero Isabel se ríe de los consejos como si experimentara el placer de jugar con el peligro. María Cristina está todavía en Francia, pero conoce la situación española tan bien como si ella fuese la que rigiera los destinos de la corona. No sólo le han aleccionado los trastornos pasados. Es el mismo Prim quien ha acudido a ella para advertirle del fatal camino que ha emprendido su hija, ignorando la fuerza cobrada por el partido progresis-

ta. El desengaño que ha producido en sus filas la desatención de la reina puede lanzar a muchos de sus hombres hacia una corriente antidinástica.

Hay bastantes datos para suponer que María Cristina y Prim llegaron a una inteligencia, y que la licencia concedida al conde de Reus por el gobierno para que marchara al extranjero, no sirvió más que para facilitar este entendimiento, hecho casi público cuando el destierro del general a Oviedo y al aceptar éste la hospitalidad que le brindó el marqués de Campo Sagrado, hijo político de María Cristina.

Resulta en extremo curioso que los progresistas hayan escogido en este momento, como uno de tantos motivos para atacar al gobierno, el destierro de la reina madre, cuando ésta había renunciado ante Espartero y, una vez reintegrada a España, huído nuevamente a la caída del conde de San Luís. Una vez más —por lo menos así parece, ya que resulta extraordinariamente engorroso y difícil ir sacando conclusiones definitivas de este período—, la cuestión del regreso de la reina madre a España provoca la crisis ministerial.

Sucede entonces algo inexplicable, en extremo raro, porque no se llega —como hubiese sido natural— a una solución de armonía con los progresistas, sino que la reina entrega el poder, a instancias de O'Donnell, al general Narváez. Esto, más que un desafío, constituye un grave error de la corona.

Es inútil que Narváez intente iniciar un período de liberalismo, rectificar sus procedimientos¹, y que una vez constituido el ministerio —16 de septiembre de 1864—

¹ En una carta que escribía a González Bravo, a quien ofrecía, y éste aceptaba, la cartera de Gobernación, se lee: "Voy a ser más liberal que Riego, porque como ya no llueven progresistas a chaparrones, puedo salir a la calle sin paraguas y en mangas de camisa. Ya verá usted cuando el duque de Tetuán me vea tomar esta actitud, como cesa su protección".

otorgue amplia amnistía política, perdone las multas impuestas desde 1847 —con lo que llega a devolver las ya cobradas—, y asegure desde el ministerio de la Gobernación, en una circular que arde de liberalismo, el respeto a los derechos individuales. Narváez —y con él González Bravo— resulta víctima de su propia historia: los partidarios de O'Donnell han de combatirlo y los progresistas están ya demasiado comprometidos para renunciar a la revolución que preparan desde hace tiempo y desean provocar cuanto antes.

Prim, en esta hora, ya no piensa sino en el clásico pronunciamiento, y para que no haya ninguna duda al respecto, un apologista del general ha escrito: "El desenlace de la última crisis fué seguramente un golpe doloroso para el general Prim, no porque abrigase confianza alguna de ser llamado al gobierno, sino por ver preferido a él a su mayor contrario, al mismo tiempo que se le cerraba cada vez más el paso para no dejarle otra salida que la de la revolución violenta"¹.

¹ Francisco J. ORELLANA. *Ob. Cit.* Vol. 3, pág. 199.